

EN EL PANTEON DE SAN FERNANDO

EL 2 DE NOVIEMBRE.

También aquí deslízase el orgullo
En podredumbre y fetidez envuelto
Convertido en horrible calavera ;
También aquí, del oro, su capullo
La vanidad se forja y su trinchera,
Para probar al mundo que es el oro
El solo objeto del cristiano y moro.

También aquí la furia de la orgía
Viene á ostentar su despotismo insano
De que es la sociedad cobarde presa ;
También aquí, de la mentira impía
Viene á asomar el monstruo la cabeza,
Y en el santo recinto de la muerte
El hombre miserable se divierte.

No le bastan los teatros, los paseos,
Los tívolis, las calles, los salones,
Helos ahí, haciendo, de los templos
Alegre y ancho campo á sus bureos,
Y probando, además, con sus ejemplos,
Que estrecho el tiempo á su pasión impía
Buscan también la eternidad sombría.

Pasad, pasad, ¡oh mundanal ruidera !
Pasad, barullo frívolo, insensato,

35

Dejad campo al misterio: abridle plaza
A la contemplación santa y severa ;
No profanáis con torpe desacato,
De la filosofía, el templo augusto,
Sagrario santo del dolor adusto.

Dejad campo á las pocas almas buenas
Que, una madre á llorar, ó un hijo vienen,
Y al través de la tumba, en lontananza
Ven el alivio de sus duras penas
En la santa virtud de la esperanza ;
Que sienten, del dolor la aguda espina
Templada, empero, con la fe divina.

Las gentes que venís á saciar vana
Curiosidad impía ; las que de orgullo,
No de santo dolor, venís henchidas,
Indignas, á ostentar en lid villana
Vuestro mayor valer, vuestras mentidas
Ofrendas ricas ; la mansión postrera
Dejad en paz, donde la paz impera.

Yo quiero solo estar ; quiero en la calma
Las tumbas contemplar, ya que extranjería
Es al hombre mi lengua, y peregrina,
Y no hallo una alma que comprenda mi alma.
¡Cuánto la inspiración que me domina
De punto subiría, si musa cara
De un amigo ó beldad mi numen guiara !

Mas, ¡silencio, Señor ! ¿ á qué mis quejas
A interrumpir me asaltan, importunas,
La honda meditación que aquí me guía ?
Si el pensamiento remontar me dejas,
Si en lo bello y sublime todavía
A mi alma le reservas un abrigo,
¿Qué importa la beldad, ni qué el amigo ?

Solo estoy ya: la de oro
Lámpara ardiente del día
Se apagó, se enciende pía
La de plata, á quien adoro,
La de la noche sombría.

Solo estoy ya frente á frente
De este sepulcral silencio,
Cesó el ruido impertinente
Y este santuario elocuente
De rodillas reverencio.

Rodeado de sepulturas
En que yacen nivelados
Y á polvo vil reducidos
Tantas hermosas figuras,
Tantos talentos lucidos,
Tantos crímenes dorados,
Tantas grandes aventuras,
Tantos amigos queridos,
Tantos orgullos hinchados,
Y acciones santas y puras
Y quebrantos doloridos;

Crece el misterio y se eleva
Como gigante invisible,
Que la negra duda lleva
Y que á la razón subleva
Al pensamiento imposible.
¡Ay! y el alma desfallece
Y el raciocinio naufraga
En ese mar que ennegrece
Sus olas turbias, y crece,
Y al fin la razón se traga,
Y agonizante, aterida,
De la fe santa se afianza
Y la saca la esperanza

Sin aliento, ¡ay! mas con vida,
A la playa de bonanza.

Do quier la vista se posa
Sólo ve polvo y escoria;
Aquella joven hermosa
Que fué del mundo la gloria,
Y que risueña y graciosa
O con el ceño iracundo,
Con desdén y con enojos
Despreció el amor, que el mundo
Le ofrecía puesto de hinojos:

He allí en estrecho agujero
Metida en horrible empaque,
Que con hermético esmero
Se acerca el asco ligero
A cubrir con el zulaque.
Y esa lápida de mármol,
Y esas coronas de flores,
Sólo son bruñida máscara,
Falsa cáscara de ese árbol
Que daba en su vida amores,
Y hoy sin raíz y sin cáscara
Yace carcomido y seco
Por gusanos roedores
En ese mezquino hueco.

Y á esa mujer, ¡ay! tan bella,
A quien el mundo, su vida
Hubiera dado y su oro
Por una mirada de ella,
Hoy ese mundo la olvida
Sin gratitud ni decoro,
Porque se eclipsó su estrella.

Cuántos miro, mausoleos
Con sus ricos macetones,

Con sus dorados festones,
 Con sus soberbios trofeos
 Alzados á ricos hombres
 O á los ilustres guerreros,
 Para eternizar sus nombres
 En los siglos venideros ;
 Y si volvieran mañana
 Al mundo, la envidia insana
 Otra vez los mataría,
 Para hacer su apología
 Y alzarles otra peana.

Miro de esposos y esposas
 Al pie de las ricas fosas,
 Ardiendo gruesos hachones
 Sobre arañas y blandones,
 Y miro caras llorosas.
 ¡Ay! quién sabe si en la vida
 No tuvo la misma suerte
 Esa sombra tan querida,
 Que hoy, que es presa de la muerte,
 Tardíamente sentida.

También el niño, Señor,
 Viene aquí á pagar tributo,
 Y el que, ayer ángel de amor
 Hoy es cadáver enjuto
 Que se mira con horror.

Que nazca y crezca una rosa,
 Que en botón brote lozana,
 Que abra su córola hermosa,
 Que vierta su aroma ufana
 Y muera después, es cosa
 Que cabe en razón humana ;
 Pero á ninguno se alcanza
 Que muera el hermoso niño,

Cuando á la vida se lanza
 En alas de la esperanza,
 Entre nubes de cariño,
 Entre afanes de crianza.....

Mas la luna se vela. Levantarse
 Blancas y vagas sombras do quier miro,
 Que con aéreo giro
 Llegan sobre las tumbas á posarse
 Clavando en mí su tétrica mirada
 Puesta la mano seca en la quijada.

Sobre la triste pira
 De la cruz en el brazo colocado
 Con ojos de carbunco el buho me mira,
 Y lanza su quejido malhadado,
 Que horror al alma y compasión inspira.

La tórtola también triste, llorosa,
 En la cúspide está del campanario,
 Su canción entonando quejumbrosa
 Que resuena en el fúnebre santuario
 Cual, de alma en pena, queja misteriosa.

Qué me queréis, ¡oh! sombras vagabundas
 Y aves de la tristeza, que así en vela
 A los muertos hacéis la centinela
 El alerta lanzando gemebundas
 Con vuestra agonizante cantinela ?

Mi presencia os estorba,
 Que así me veis con la mirada torva ?
 No queréis que desahogue en santa calma
 Los profundos suspiros de mi alma ?

Dejad, tranquilas, vuestro hostile acecho
 ¡Oh sombras de la muerte!
 Quedad en paz, volved á vuestro lecho,
 Volved á vuestra sien el sueño inerte,

LA ADÚLTERA.

(FRAGMENTO.)

Sus lindos ojos destellaban, bellas
Miradas puras de apacible amor
Que robaban su luz á las estrellas

Y al niño su candor.

Dulcísimas palabras de su boca
La santa fe volvían al corazón
Y Dios la veía siempre, á quien invoca
Dispuesta á la oración.

De su esposo y sus hijos embeleso
Madre buena ella fué y esposa fiel
Y siempre de sus labios pendía un beso

Como gota de miel;

Mas el soplo aspiró de la "Reforma,"
Cuyo aliento podrido é infernal
De su alma convirtió la linda forma
En sucio lodazal.

Hoy de los suyos vergüenza
Y escándalo á los extraños
Con tardíos desengaños
Verá en amargura intensa
Correr sobre ella los años.

Nunca el semblante sereno
Podrá alzar á la luz clara
Sin que algún dedo, en su cara
Se alce á señalar el cieno
Con que el crimen la manchara,

Quando el mal que les ha hecho
Sepan sus hijos y agravio:
Quando sepan que del pecho
Los arrojó con despecho
Faltando leche á su labio:

Que en vez del amante brazo
Hallaron inerte almohada
Y por maternal regazo
Indiferente *criada*

Sólo hallaron en remplazo:

Que en la lucha con su sino
Sólo hallaron á su padre
Que con cariñoso tino
Guiarlos supo en el camino
Que les abrió su cruel madre:

Que en noche cruel y sombría
A buscar fueron abrigo
Cual miserable mendigo
Huyendo de madre impía
A la casa de un amigo.....

LOS HIJOS ABANDONADOS

La noche está sombría,
Las calles silenciosas,
De pasos, en las losas
Un eco respondía
Al compasado són.
A dónde se dirigen
Un padre desgraciado
Dos niños á su lado
Llevando, que lo affigen
Con llanto de dolor?
Lleva uno de la mano
Y el otro la *pilmama*
Y triste al cielo clama
Contra su hado inhumano,
Que hogar no tienen ya.
¿A dónde, dice el grande,
Nos llevas, papá mío?
Yo tengo sueño y frío.
—A donde Dios nos mande,
Responde sin pensar.
Que huérfanos, sin pena,
Vil madre é inclemente
Por mísero aliciente
Dejólos, más que hiena
Sin madre y sin hogar.
Y no sabiendo dónde
Sus pasos maquinales

Lo guían á los umbrales
De amigo, do se esconde
Consuelo y caridad.

Y allí noble señora
Dólida de una suerte
Más dura que la muerte,
Un lecho, donde mora,
A aquellos niños da.

Los inocentes niños
Su suerte lamentando
Se duermen sollozando
Del padre á los cariños
En lecho de orfandad.

Fecunda aquí semilla
Sembróse de su pena,
Larguísima cadena
Su niñez acribilla
De padeceres mil.

Y mientras madre impía
Gozaba en ancho mundo
El holgazán inmundo
Placer de vil orgía,
Ellos sufrían aquí.

Si enfermedades crueles
Veníanles lastimeras,
A manos extranjeras
De sirvientes infieles
Tenían que recurrir.

Sí, bien, de Paul la huella,
Alguna dama toma
Con su alma de paloma
Y con su mano bella
Alivia su sufrir.

Y así, ¡ay! entre hurañeces

Y caridad y penas
 Bebiendo van las heces
 De cruel niñez, que apenas
 Al fin pasando van.
 Vendrán las horas bellas
 De juveniles años
 Y crueles desengaños
 Al ver detrás sus huellas
 Tendrán que lamentar.

PLUMADA HISTÓRICA

Por qué, mi amigo Fabio,
 Llorar siempre te miro?
 Tu vida ¡vive Dios! es un suspiro
 Forrado de hombre en cuyo seco labio
 Sólo amargura asoma
 Y triste queja de insufrible aroma.
 Crees acaso, insensato,
 Que para ser poeta
 O grave literato
 Es fuerza ser Heráclito maceta?
 Yo también, á fe, tengo
 Mis humos de versista,
 Mas á todo me avengo
 Y nunca he sido tonto pesimista.
 Sé que el siglo es vacío
 Que sólo gana y come y juega y bebe,
 Que engaña, que se fincha, que es impío,
 Que á todo mal se atreve
 Dejando rienda suelta á su albedrío.
 Sé que el poeta padece cuando es poeta
 • Y no versista inepto,
 Es decir, si es honrado, piensa y siente,
 Si es digno independiente
 Y con sudor, se gana la peseta.
 Y lloro á veces, creelo,

Mas con fingida risa
 Mis lágrimas yo velo
 Secándolas, si tengo, con pañuelo,
 Y si nó con mi manga de camisa.

Mas no es mi llanto, Fabio,
 Por insulsas pamplinas,
 Ni creas que hago mohinas
 Por lo que el vano y tonto forma agravio.

Si el dinero se pierde, vaya en gracia,
 Se trabaja de nuevo;
 Que el que alimenta á Febo
 Es la riqueza por antonomasia.

Si una mujer es pérfida y engaña,
 Que vaya en buena hora,
 En ella no se pierde una señora
 Sino una, cuando más, bella alimaña.

Yo lloro, amigo mío,
 Porque ese fuego que devora mi alma
 ¡Ay! ni me deja descansar en calma
 Ni en ese mundo calculista y frío.

Ha podido elevar su pobre palma
 Ni abrirse un circo en que ejercer su brío.

Cuando joven soñaba amor purísimo,
 Eter sutil del celestial palacio,
 Como el limpio destello del topacio,
 Cual celaje blanquísimo
 Que cruza solo en el azul espacio.

Y en cada mujer ví, del ángel cándido
 La candidez purísima en la frente
 Y en cada, de sus ojos, chispa ardiente,
 Un rayo de luz mágico
 Que del cielo bajaba refulgente.

Me engañé; mas la culpa no fué de ellas;
 Ellas lloran, tal vez, como yo lloro

La mala educación de esta era de oro
 Que destruyó sus ilusiones bellas.

Tal vez sus almas nobles vegetando
 En el marasmo yacen
 Y el fuego, que las quema, satisfacen
 Con frívolos placeres, disipando
 La fe del corazón, ya que no amando.

Después ya hombre de la patria el fuego
 Quemó mi corazón y yo, Juan Baba,
 Con entusiasmo ciego

En cada ser humano
 Un colaborador, un buen hermano
 En mis sueños alígeros miraba.

Y en esos sueños de dorada lumbre
 Mis brazos á otros brazos enlazados,
 Remontar con anhelo

Del progreso y la paz la excelsa cumbre
 Y alzar mi patria al cielo
 En alas del amor, sin pesadumbre;

Mas mi palanca era
 Sacrificio y amor y fe sincera
 Y empeñado metía mi pobre hombro
 Y veía con asombro

Que mientras más pujaba
 La patria más pesaba,
 Y era que mis patrióticos hermanos

Poco á poco dejábanme la carga
 E ítan cansados á pelar la pava
 Si no es que ítan, ¡villanos!
 De amigo ó de enemigo á untar sus manos.

Quise pulsar la lira y del Parnaso
 Al comenzar á remontar la falda
 Halléme solo y en desierto eriazó
 ¡Ay! y me fuí de espalda

Cuando ví que de lejos se reía
 El mundo que mi canto no entendía.
 Al verme triste, aislado
 Y á mis esfuerzos solo abandonado,
 Sacudí mi sandalia
 Y un paseo proyecté por represalia.
 Tuve en país extraño, más fortuna,
 Pusieronme en los cuernos de la luna,
 Mas, si el "yo" satisfecho,
 No lo estaba á fe mía mi noble pecho,
 Pues sólo variación del mismo tema
 De un pueblo á otro encontré con otro lema.
 Y yo que había creído
 Que sólo salva al mundo
 De santa abnegación, germen fecundo;
 En vez de estar engreído
 Volví á lanzar mi excepcional gemido
 Y á mi sayo me dije: "ya esto es viejo,"
 Desrugué el entrecejo,
 Seguí, del mundo, la locura insana
 E hice, como él, lo que me dió la gana.
 ¿Por qué no sirves, me dirás, empero,
 Como á la patria sirven otros tantos?
 Y yo contesto, amigo, con mil santos
 Que por veinte motivos y el primero
 Porque no hallo muy sano
 El sistema que advierto, si es sistema,
 Pues siempre con mi tema
 Encuentro lo que se hace pobre y vano
 Y al final de las cuentas,
 Después desangre, incendios, llanto y lástimas
 En las guerras cruentas
 Y de leyes y fórmulas y oficios
 Y de páginas, plazos, comisiones

Y dobladas á más contribuciones
 En los tiempos de paz, los mismos vicios
 Hoy encuentro que antaño,
 Medio pueblo esprimido como alambre
 Con el vientre vacío se muere de hambre,
 Mientras lo saca el otro del mal año,
 El fuerte oprime al débil,
 El débil odia al fuerte.

Un millón de hermosuras oigo, flébil
 En celibato lamentar su suerte,
 Mientras Ellos se burlan y divierten.

Suda el pobre sin pan sobre su mesa
 Y el rico de puro harto se bosteza,
 La gente amontonada en las ciudades
 Y los campos eriazos en breñales;
 No hay penitenciarias, faltan talleres,
 No se enseña el deber á las mujeres.....
 ¿Cómo, pues, serviría con vicios tales?
 Sería cansarte, Fabio,
 Si siguiera abrumándote mi labio,
 Ya ves por lo que lloro
 O por mis negras culpas;
 Mas para el llanto tuyo no hay disculpas.
 Alegre, pues, descuelga la bandurria
 Y quítate la murria,
 Y más no llores, que aun la viuda hermosa
 Pone la cara fea cuando solloza.

A MANUELLITA N.

Virgen de adoración, mujer querida,
Mi esperanza, mi dicha, mi consuelo,
Ángel de luz bajado desde el cielo
Para alumbrar la senda de mi vida.

Idolo de mi amor, niña inocente,
No me olvides, por Dios, ¡ah! no perjura
Disipes los ensueños de ventura
Que tú misma alimentas en mi mente.

Mi historia ¡oh niña! en este mundo vano
Sólo tú la iluminas con tu gloria
Y escrita se halla por tu misma mano
La página más bella de esa historia.

Página que al leerla me deslumbra
Y miro en ella el iris diseñado
Que oculta con sus luces el pasado
Y el porvenir con su esplendor alumbra.

¡Oh cuán bello es amar! cuánto mi vida
Se reanima, Nelita, cuando siente
La dulce influencia del cariño ardiente
Con que la halagas tú, niña querida.

Si, pues, me amas y te amo: si el Eterno
En el mundo nos crió para adorarnos,
Las bellas flores de un amor tan tierno
Nadie podrá en el mundo arrebatarlos,

Y á la faz de los hombres serás mía,
Tú mi ensueño serás, serás mi esposa,
Y en el turbión de vida tormentosa
Tú serás mi sostén, mi única guía.

1840.

LOS DOS AMANTES

Daban las diez de la noche
En el reloj de un convento,
Nubes gruesas y sombrías
Encapotaban el cielo,
Las almenas de palacio
Y las cúpulas del templo
Descubriéndose con trabajo
En aquel fondo siniestro.

De la escasísima luz
A los débiles reflejos
Un bulto se vía de un hombre
Como si fuera un espectro
En el marco de una puerta
De pie clavado y enhiesto.

Era este bulto el de un joven
Y elegante caballero
Que esperaba enamorado
Que se abriera un aposento,
En cuyos vidrios fijaba
Sus miradas con empeño.

Aquel aposento era
El de su amada Loreto,
De quince abriles apenas
Y de belleza modelo,
De alma virginal y pura
Y elegantísimo aspecto,

A ella esperaba Don Carlos,
 Que así se llama el mancebo,
 Pues la víspera, su amada
 Le había citado al efecto,
 Y era su atención tan fija
 Y tanto su arrobamiento,
 Que aun no había reparado
 En un resplandor siniestro
 Que en la sala se advertía
 De la casa al otro extremo,
 Y cuya vidriera abierta
 Dejaba escapar al viento.

No era resplandor de incendio
 Mas sí formaba contraste
 Con el profundo silencio
 En que la casa yacía,
 Cual si fuera un cementerio
 Y lobreguez de la calle
 Que daría á un bravo miedo.

Otro galán más curioso
 O menos fijo en su objeto,
 Con sólo dar unos pasos
 Y empinar un poco el cuerpo,
 Habría visto con asombro
 Cuatro blandones ardiendo
 Sobre un paño mortuorio
 Y un cadáver en el centro.

Mas Don Carlos no dejaba
 Su mirar fijo y atento,
 Y esperó aún media hora
 Y hubiera esperado ciento
 Si á sacarlo no viniera
 De su eterno arrobamiento

El ruido que hizo la puerta
 Cuando la abría el portero.

De la casa de su amada
 Abrióse aquella, en efecto,
 Y cuál su asombro no fuera
 Y cuál su estremecimiento
 Cuando vió salir dos filas
 De enlutados, que en silencio
 Y con velas en las manos
 Iban de acompañamiento
 Saliendo al término de ellas
 Un ataúd el postrero.

No sabiendo qué pensar,
 Pues de aquello estaba ajeno,
 Salvó de un salto la calle
 Y con histérico acento
 Preguntó despavorido:
 Quién era el que en aquel féretro
 Llevaban de tal manera.

La señorita Cisneros,
 Respondió el interpelado
 Sin sospechar que su acento,
 Más agudo que una espada,
 Iba al corazón derecho.

Sin hacer otra pregunta
 Y á un espasmo obedeciendo,
 Dió un paso atrás desusado
 Y un alarido siniestro,
 Que rompió los corazones
 Que lo oyeran á lo lejos,
 Y el desgraciado Don Carlos
 Cayó sin conocimiento.

Levantáronle al instante
 Entre varios caballeros,

Y en la casa de su amada
Le dieron alojamiento.

El padre de ésta, Don Pablo,
De alma grande y rudo ceño
Sin cuidarse de su pena
Le prodigó mil remedios,
Mas fué en vano, nada pudo
Conseguir humano esfuerzo;
Aquel gallardo mancebo
Era ya cadáver yerto,
Y aquellas dos almas nobles
Que á vivir juntas nacieron,
Sus cuerpos dejaron juntas
Para juntarse en el cielo.

Al día siguiente dos túmulos
Juntos, se vían en el templo,
Por sus almas celebrándose
El sacrificio incruento,

Himeneo santo y puro,
Consumado allá en el cielo,
Que el mundo manchar no pudo
Con su asqueroso ciéno.



A MI QUERIDO AMIGO
LIC. D. JOSÉ MANUEL DEL VILLAR.

EPITAFIO.

Si no me es dado, como yo quisiera,
Querido amigo, reanimar tus días,
Es un deber de la amistad sincera
Guardar al menos tus cenizas frías
Para un recuerdo conservar siquiera.

Con llanto de dolor, pues, en mis ojos,
Vengo á poner en tu mansión mortuoria
Cual página postrera de tu historia
Esta losa que cubra tus despojos
Y estos versos que guarden tu memoria.

EN EL JARDIN DE BARRON.

FRAGMENTO.

Era una tarde espléndida:
Tras una lluvia incómoda
Tornóse el cielo límpido,
Ostentando magnífico
Sus tintes de carmín.

Al dar la hora terrífica,
Tres jóvenes como ángeles
Con un amigo próbido,
Entraban por el pórtico
De un mágico jardín.

Era una como sílfide,
Y en sus rasgados párpados
Suavísimos, cual pétalos,
Sus ojos cual de ébano
Se veían fulgurar.

Las otras niñas cándidas
De estatura lacónica,
Como tórtolas tímidas
Cual la nieve blanquísimas
Y puras sin igual.

Las tres á paso rápido
En el jardín engólfanse,
Y en sus semblantes púdicos
Rebosa el puro júbilo
De su infantil candor.

Templo era aquel bellissimo
De la esposa de Céforo,
Y aquellas niñas mágicas
Vestales eran cándidas
De aquel templo de amor.

¡Oh! sólo un genio homérico
Copiar pudiera armónico
El panorama edémico,
Encantador, poético,
Que se ostentaba allí.

Mas ya que no hay sinónimos
De Homeros ni de Píndaros,
Esprimiré mi péñola,
Pues lo exigen así.

Entre colinas encadenadas
A un lado y otro de las calzadas,
Deslízanse estas suaves, tortuosas,
De formas varias y caprichosas.

De esas colinas brotan mil flores
Que el aire inciensan con sus olores,
Y el verde césped les da su alfombra,
Y ellas en cambio le dan su sombra.

El audaz beso del viento suave
Ellas esquivan con aire grave,
La frente huyendo con blandos giros,
Y él lanza quejas en sus suspiros.

Las tres hermosas al verlas gritan
Y tras las flores se precipitan,
Que es uno solo, verlas y amarlas,
Y en su entusiasmo quieren cortarlas.

Más no es posible, que el jardinero
Es de esos prados el cancerbero,

Y bajan tristes sus lindos ojos
Que brotan lágrimas en sus enojos.

Ellas entonces de allí se alejan
Y entre las flores un girón dejan
De sus caprichos; mas otra cosa
Su atención llama, más cariñosa;

Será aquel puente que se avalanza
Y de una á la otra colina alcanza,
Cuyos balaustres filigranados
Tienen por base perros bronceados?

Será aquel lago de cisnes bellos
Que hurraños hierguen sus blancos cuellos,
Y que al mirarlas tan celestiales
Huyen celosos de sus rivales?

Será la casa soberbia y bella
Que cual palacio regio, descueya,
Rica en estatuas y capiteles,
Rica en espejos, oro y pinceles?

Será aquel tigre que entre cerrojos
Las ve sañudo con fieros ojos?
Serán los pájaros que en alambrados
Lloran y cantan aprisionados?

Sí..... todo á un tiempo las embelesa,
Pues todo vierte gracia y belleza;
Las flores bellas, los ricos prados,
Los blancos cisnes, las frescas fuentes;

Pero hay allí algo que en competencia
Ellas admiran de preferencia,
Porque allí encuentran sus fantasías,
Su sueño de oro, sus poesías.

Era una gruta que en la colina
Se abre profunda como una mina,
Sus socavones abovedados
De lajas sueltas están formados.

Y aquella gruta cóncava, oscura,
Ecos repite que dan pavora,
Y ellas traviesas allí engolfadas
Los provocaban con carcajadas.

Trepando luego por la escalera
Que guía á la cumbre por la ladera,
De hierro un kiosko se ve calado
De enredaderas entrelazado.

Desde él sentadas, en perspectiva,
México, hermosa se ve tendida
Cual noble dama cuya ancha falda
Son verdes campos como esmeralda.....